

hallaban en buena posición social. Para el día destinado al segundo baño, los padres preparaban para la criatura aquellos objetos propios de la profesión que ejercían, y un traje hecho á la medida del niño, de la misma hechura del que debía usar en su edad adulta. Si el padre era labrador, se le ponían algunos instrumentos diminutos de labranza; si militar, un arco pequeño y cuatro flechas, en armonía con el arco; si pescador, una redcita; y así, según el oficio ó carrera que tenían.

Llegado el acto de la ceremonia, se encendían bastantes luces de maderas aromáticas y resinosas; y la partera, tomando á la criatura en brazos, la paseaba por el patio de la casa, le colocaba sobre un lecho de hojas de junco, junto á un barreño de agua, puesto en medio del patio, y procediendo á desnudarle poco á poco, le decía: «Niño querido, los dioses Ometeuctli y Omecihuatl, que imperan en lo más alto del cielo, te han enviado al triste mundo que habitamos: recibe venturoso esta agua, que te dará la pureza y la vida.» Dichas las anteriores palabras, repetía la ceremonia del primer baño de lavarle el pecho, la cabeza y la boca; hecho esto, le bañaba todo el cuerpo, y al irle frotando uno por uno sus miembros, decía: «¿En dónde te escondes, fortuna adversa? deja inmediatamente el cuerpo de este inocente niño.» Después de haberle frotado suavemente todos los miembros, para que la mala fortuna saliera de ellos, levantaba en sus brazos á la criatura y la ofrecía á los dioses, pidiéndoles con fervoroso acento que nutriesen el alma de aquel niño con todas las virtudes conocidas. Cuatro eran las oraciones que elevaba, haciendo la anterior petición: una, que era la primera, al dios y á

la diosa ya mencionados; la segunda á la femenil deidad de las aguas; la tercera, á los dioses en general, y la cuarta, al sol y á la tierra, en la cual pronunciaba estas palabras: «Tú, benéfico Sol, que prestas vida á la creación, padre amoroso de todos los vivientes, y tú, Tierra, madre cariñosa que velas por nosotros, acoged benignos á esta criatura, protegiéndole como á hijo vuestro.» Después, diciéndoles la profesión para la cual había nacido, pues los hijos seguían la misma que la de sus padres, les manifestaba que en ella procuraría servir á los dioses, á los cuales consagraba parte de su trabajo.

Terminada la súplica, la partera rogaba á los niños que habían sido convidados para la ceremonia, que le pusiesen nombre al recién nacido; y ellos, sabiendo ya cuál era el que deseaban los padres de la criatura, le ponían el convenido de antemano. Puesto el nombre, le colocaban en las manecitas los instrumentos de la profesión que le correspondía seguir; le vestía en seguida la partera, y poniéndole en la cuna, rogaba á la diosa de las cunas que le cuidase y abrigara, y al númer de la noche, que le enviase gratos y dulces sueños. Si la criatura era niña, le ponían en las manecitas un huso pequeño, ó cualquier otro utensilio de tejer, y le ponían un traje correspondiente á su sexo.

Generalmente se le ponía un nombre que estuviese en relación con el signo del día en que había nacido, ó con las circunstancias que habían ocurrido en el nacimiento, aunque también era muy común poner á los varones nombres de animales, y á las niñas, de flores. Aunque regularmente no se daba más que un nombre, muchas

veces los guerreros solian adquirir otro por sus hazañas, revelando aquellas en que se habian hecho notables.

Terminadas todas las ceremonias, empezaba el gran banquete, donde cada convidado procuraba lucir su talento, pronunciando breves discursos análogos á la fiesta. En estos banquetes era permitido beber mas de lo que se tenia por costumbre; pero nadie salia del convite sino despues de encontrar expeditas sus facultades. La festividad se repetia á los tres años, que era cuando se destetaba á la criatura. Las mismas fiestas se celebraban en Guatemala, cuando el niño empezaba á andar; y el aniversario de su nacimiento se festejaba en los siete años primeros.

Cuando el recién nacido era hijo de un rey ó de un gran señor, visitaban al padre los principales súbditos, dándole la enhorabuena por el beneficio que el cielo le habia concedido, y augurando las mas envidiables venturas al nuevo vástago.

En Chiapas, en Guatemala, y en otras provincias próximas á esos lugares, se sacrificaba un pavo en el instante de nacer la criatura; el baño se verificaba en algun rio de fuente, acompañado de oblacones de copal; se inmolaban muchos papagayos; se cortaba el cordon umbilical con un cuchillo nuevo, sobre una mazorca de maíz, y el instrumento cortante se arrojaba inmediatamente á las aguas. Terminadas estas ceremonias, sembraban un grano de la mazorca, y cual si fuese objeto celestial, lo cuidaban esmeradamente, y la cosecha que producía se repartía en tres partes; una para el augur, otra destinada al niño para que le sirviese de alimento, y la tercera para

guardarla, con el fin de que al llegar á la edad de la juventud la sembrase en provecho suyo.

Ritos nupciales. Los ritos nupciales de los mejicanos, aunque revelaban una supersticion extrema, no tenian nada contrario al pudor, á la decencia, ni á la moral. Cuando el joven llegaba á la edad de veinte á veintidos años, sus padres le buscaban una esposa, en quien concurriesen las bellas cualidades que deben resaltar en la que está llamada á ser la depositaria de la honra de su marido, y el claro espejo en que sus hijos miren reflejarse la virtud y la amabilidad. Hecha la eleccion, los padres del joven consultaban con los adivinos, á fin de que, examinando los signos bajo cuya influencia habia nacido la novia, manifestasen el porvenir que les esperaba. Si la contestacion de los augures era funesta, se desistia de aquel enlace, y se buscaba otra joven, hasta encontrar la que habia nacido bajo un signo favorable. La peticion primera se hacia por medio de tres mujeres llamadas *cihuatlanque* ó *so-*
Modo de pedir
la mano
de la novia. *licitadoras*, parientas del novio. Provistas de un regalo, en relacion con la fortuna del solicitante, se presentaban á media noche en la casa de la jóven, y despues de entregar el presente á los padres de la jóven, les pedian, con palabras corteses y respetuosas, la mano de su hija para el hombre que anhelaba unirse á ella. La contestacion de los padres de la jóven, era siempre negativa, aun cuando ambicionasen aquella union, como el bien supremo de su hija. Transcurridos algunos dias, volvian las mismas mujeres, con nuevos regalos, á repetir la demanda, exponiendo las cualidades que adornaban al novio, los bienes que poseia, el dote que podia

dar á su futura, preguntando lo que ésta tenia, y rogando que no desairasen su solicitud. En esta segunda visita, los padres de la jóven respondian que, antes de resolver, necesitaban contar con la voluntad de ella y conocer la opinion de sus parientes. Dada esta contestacion, las mujeres se marchaban á dar cuenta de su comision á los padres del novio, y éstos, habiendo terminado allí lo que estaba establecido por la costumbre, esperaban la contestacion que estaban obligados á dar los padres de la jóven. Con efecto, pasados algunos dias, otras mujeres, pertenecientes á la familia de la novia, se presentaban en la casa del novio á dar la respuesta. Si era favorable, se señalaba el dia de la union, y los padres de la jóven, despues de exhortarla á la virtud y de hacerla saber las obligaciones que contraia, y á las cuales jamás debia faltar, la conducian con música, y acompañada de todos los parientes á la casa del suegro, á pié, si pertenecia al pueblo; en litera, si pertenecia á la nobleza. El novio y los padres de éste, precedidos de cuatro mujeres, que tenian en las manos hachones de aromáticas maderas, aguardaban en la puerta. Al llegar la jóven, se incensaban mutuamente los novios; luego, tomando el futuro esposo á su elegida consorte de la mano, la conducia al salon ó pieza en que debia celebrarse el casamiento, precediendo la marcha las cuatro mujeres que alumbraban, y cerrándola los parientes de la feliz pareja. Llegados á la sala dispuesta para la ceremonia, los dos contrayentes se ponian en un *petatl* (petate ó estera) muy lleno de adornos y enteramente flamante, colocado en el centro de la pieza, y á cuyo lado

Modo de llevar
y de recibir
á la novia.

Curiosas
ceremonias en
el matrimonio.

ardía un poco de fuego, encendido exprofeso para aquella ceremonia. Puestos los novios en el petate, el sacerdote se acercaba á ellos, y agarrando una punta del *hueipilli* ó camisa de la jóven, y otra del *tilmatli* ó capa del novio, las ataba una con otra, pronunciando ciertas palabras misteriosas, quedando celebrado con ese solo acto lo mas importante del contrato matrimonial. Terminado el andamiento de la punta de la camisa y de la capa, la jóven daba siete vueltas al rededor del fuego, que junto al petate estaba; ofrecia, en seguida, en union de su esposo, aromático copal á los dioses, y despues se hacian uno al otro mútuos regalos.

Consumada de esta manera la union de los dos jóvenes, se daba principio al banquete. Los recientes cónyuges comian en el petate, sirviéndose el uno al otro, y á los convidados se les servia en los sitios que ocupaban. Cuando el vino habia hecho sus efectos en los concurrentes, salian éstos al patio á bailar y divertirse, y los nuevos consortes quedaban solos en la pieza, donde permanecian por espacio de cuatro dias, sin salir mas que á media noche para incensar á los ídolos y presentarles oblaciones de delicados manjares. Durante ese tiempo se guardaban un respeto profundo, sin tomarse la mas ligera libertad, entregándose al ayuno, la penitencia y la oracion, pues tenian por cosa indubitable que los dioses les castigarian severamente el menor exceso carnal que cometiesen. En esas cuatro noches, dormian en dos petates nuevos, de junco, formando la línea divisoria de los dos lechos unas plumas y una rica piedra conocida con el nombre de *chalchihuitl*. Los sacer-

Terribles
penitencias que
se imponian los
recien casados.

dotes eran los encargados de hacerles la cama durante ese tiempo para santificar la union, y en los cuatro ángulos del lecho colocaban espinas de maguey y cañitas puntia- gudas, para que se entregasen á la penitencia y á la mortificacion. Dominados por el sentimiento religioso y anhelando hacerse dignos del aprecio de sus dioses, ambos cónyuges se apoderaban de las espinas y de las cañas, y llenos de un celo digno de mejor religion se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de la frente, de los brazos y de la lengua.

En esta continua penitencia, ayuno y oracion, y vesti- dos con trajes nuevos y ostentando las insignias de los dioses de su devocion, vivian hasta el cuarto dia, en que se consumaba el matrimonio. No bien aparecia la luz de la siguiente mañana, se lavaban, se ponian un traje nuevo, se adornaban con finas plumas blancas la cabeza, y con rojas las manos y los piés, y despues de ser felici- tados por los convidados, repartian á cada uno de estos un traje mas ó menos valioso, segun la posicion del nuevo esposo. La ceremonia terminaba con llevar al templo los petates, las espinas, las cañas y las oblaciones de ricos manjares, que debian ser presentados á los dioses.

Aunque en casi todas las provincias sujetas á Méjico se observaban las mismas ceremonias, habia, sin embargo, pueblos en que resaltaban algunas particularidades dignas de conocerse. El individuo que en Ichcatlan queria casar- se, comunicaba su deseo á los sacerdotes. Estos le condu- cian al templo; le cortaban un mechon de cabellos delan- te de los ídolos que allí se veneraban, y enseñándole en seguida al pueblo desde el átrio superior, gritaban: «Este

quiere casarse.» Anunciado de aquella manera el deseo del jóven, le hacian bajar, para que se casase con la pri- mera mujer soltera que encontrase, creyendo que aquella seria indefectiblemente la elegida por los dioses para él.

Este sistema tenia un inconveniente para el hombre, y grandes ventajas para la mujer, pues la que no hallaba de su agrado al individuo anunciado, tenia buen cuidado de no acercarse al templo; y la que le encontraba aceptable, se apresuraba á llegar para ser su mujer, aunque el inte- resado no la encontrase de su gusto. Por lo demás, las ceremonias eran las mismas que ya quedan referidas.

Entre los otomites, por el contrario, las ventajas eran para el hombre, pues les era permitido abusar de la soltera que les gus- taba y les queria, antes de casarse. Si en la primera noche encontraba el hombre que se casaba, algo que no le pareciese bien en su mujer, tenia el derecho de desecharla al dia siguiente; pero ese dere- cho desaparecia, si continuaba viviendo otra noche mas con ella, sin haber manifestado su descontento. Contraido el matrimonio, y satisfecho el marido de su compañera, se retiraban los cónyuges, por espacio de un mes, de todo placer sensual, entregándose durante ese tiempo, para lavar los pasados deslices, á los ayunos, á la penitencia, á los terribles actos religiosos de sacarse sangre y mar- tirizarse, y bañándose con frecuencia.

Las ceremonias que usaban los mixtecos eran las mis- mas que tenian los mejicanos; pero á ellas se agregaban dos mas: una consistia en cortarse parte de los cabellos: la otra en que el novio llevaba en hombros á la novia.

Aunque generalmente era costumbre que los padres del jóven que anhelaba casarse buscasen novia para él, tambien se acostumbraba que los que tenían hijas, buscasen maridos para ellas, si no habían tenido solicitantes hasta la edad de diez y ocho años, que era la señalada para contraer matrimonio.

Ya tengo manifestado que la poligamia estaba establecida en aquellas naciones, y que los reyes, señores y caciques, tenían un número considerable de mujeres; pero es de creerse que las ceremonias que hemos referido, solo se verificasen con las que eran consideradas como las principales esposas, reduciéndose en las demás á solo el acto de anudar la punta de la camisa y de la capa.

El casamiento, entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, estaba prohibido por las leyes, así en Méjico, como en el reino de Michoacan. Se exceptuaba en esas leyes á los cuñados. Ningun casamiento se hacia sin que precediera el consentimiento de los padres de los contrayentes.

Dadas á conocer la religion y las principales costumbres de aquella sociedad, que explican esa mezcla extraña de sacrificios y de cultura, de supersticiones y de moral, de rudeza y de civilizacion, que le dan un tinte interesante y verdaderamente original, continuemos siguiéndola en sus conquistas, que extendieron la esfera de su poder á pueblos numerosos y distantes.

CAPÍTULO XVI

Axayacatl, sexto rey de Méjico.—Significado del nombre del nuevo rey.—Lleva la guerra á la provincia de Tehuantepec.—Triunfos de Axayacatl y conquista de Coátulco.—Nuevos triunfos de los mejicanos.—Chimalpopoca, segundo rey de Tacuba.—Muerte de Nezahualcoyotl.—Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.—El rey de Tlatelolco se pone de acuerdo con varios señores para hacer la guerra á Méjico.—La mujer del rey de Tlatelolco pone en conocimiento del monarca de Méjico los proyectos de su esposo.—El rey de Tlatelolco y sus guerreros, beben para alcanzar la victoria contra los mejicanos, sangre humana mezclada con agua.—Los tlatelolcos atacan la ciudad de Méjico.—Se renueva el combate al siguiente día, y muere el rey de Tlatelolco.—Los tlatelolcos se hacen vasallos del rey de Méjico.—Axayacatl sentencia á muerte el sacerdote tlatelolco Poyahuitl.—Varios caudillos sufren la misma pena.—La ciudad de Tlatelolco llega á formar un barrio de la de Méjico.—Modo de declarar la guerra entre aquellas naciones.—Manera con que marchaba el ejército á campaña: tenían una ambulancia para retirar los heridos del combate, y se estimaba en mas hacer prisioneros que matar enemigos.—Campaña contra el señor de Xiquipilco.—Combate personal del rey Axayacatl.—Sale herido.—Triunfo de los mejicanos.—Axayacatl da un banquete á los reyes aliados y manda que den muerte allí mismo á su prisionero Tlilcuezpalin.

1464. Honrada de una manera esplendente la
 Axayacatl memoria del monarca Moctezuma, los cua-
 6.º rey tro electores que resumian en sí los sufra-
 de Méjico. gios del país entero, procedieron á la eleccion del perso-
 naje que debia ocupar el trono vacante. La recomendacion